

III

LOS "COLOQUIOS" DE ERASMO

En las sesiones celebradas por la Academia los días 10 y 17 del pasado mes de octubre, tuve el honor de dar cuenta de mi reciente traducción de *Veinte coloquios de Erasmo*, próxima a ver la luz.

Va precedida de un estudio en el que se examinan los antecedentes literarios del *Colloquiorum liber* y se compara con otras producciones del mismo género, especialmente, con los diálogos contenidos en la *Exercitatio linguæ latinæ* de nuestro Luis Vives; danse noticias relativas a la primera edición de dicha obra (anterior a 1521) así como a las enconadas polémicas que suscitó su aparición; se rememora la falange de erasmistas españoles, en la que figuraron nombres tan ilustres como los de Vives, Juan de Valdés, Francisco de Vitoria, Cristóbal de Villalón, Alonso de Virués, Juan Maldonado, Alonso García Matamoros, Francisco Sánchez de las Brozas y Juan Alonso de Fonseca, todos los cuales pugnaron con denodado arrojo en pro de la causa erasmista, y se demuestra, en fin, que España fué una de las primeras naciones en que los humanistas se apresuraron, no solamente a leer y a comentar las obras de Erasmo, sino también a traducirlas al patrio idioma.

Estúdiase a continuación la índole de los coloquios erasmianos, que se clasifican, aunque de modo meramente circunstancial, en ejercicios de latinidad, coloquios familiares, coloquios escolares, coloquios de costumbres y de

crítica social y coloquios religiosos y filosófico-morales; analízanse las características de cada uno de estos grupos y sus varias materias y asuntos y se hace consideración especial de los pertenecientes a la última de las clases enunciadas, por ser, sin duda alguna, los que descubren con más claridad el hondo y acendrado espíritu cristiano que inspiró todas las obras del autor. La crítica de Erasmo, por lo que atañe a las prácticas religiosas, va encaminada a dos objetos principales, o sea a poner en parangón la pureza de la doctrina evangélica y la sencillez de los primeros cristianos con la corrupción de las costumbres del pueblo y del clero en los comienzos del siglo XVI, y a combatir las supersticiones que conducían a un falso concepto de la religión. Pero en Erasmo, íntimamente relacionada con la pureza de su fe, hállase la de sus principios morales, pues su doctrina del bien no es otra cosa que un reflejo del fondo religioso y profundamente cristiano de su alma. Partiendo de la idea de Epicuro, según la cual la felicidad consiste en el deleite y éste, por tanto, debe ser considerado como un bien, examina las nociones del bien y del mal, entendiendo por mal todo lo que rompe la concordia entre el hombre y Dios, y por bien lo que la establece y estrecha; de ello deduce que el bien verdadero se refiere al ánimo; que el deleite corporal no debe ser estimado sino como un falso bien, como una sombra suya; que del verdadero bien solamente puede gozar un alma sana y que, en consecuencia, el hombre que vive con mayor contento no es precisamente aquel que, como decía Epicuro, logra el deleite estable, la tranquilidad absoluta, la *ataraxia*, sino el que vive con mayor piedad. La más dura sanción que tiene el mal en este mundo, además de los padecimientos y desgracias que acarrea, es la que impone la propia conciencia, “cuya mortificación, desde el punto en que la sentimos, no puede compararse a ninguna otra”, y el que por embotamiento de la conciencia no sienta tal mortificación, sufre, quizá, castigo más acerbo todavía, tanto porque su insensibilidad acusa un estado anímico in-

digno de la persona humana, cuanto porque no es raro que en los días de la vejez surjan de golpe los remordimientos y concentren en un minuto la amargura y el dolor de muchos años. Observando con algún cuidado estas doctrinas morales y religiosas, se ve, de un lado, la notable semejanza y, a veces, la identidad que presenta la Moral de Erasmo con la de nuestros místicos, no sólo en los principios fundamentales, sino hasta en el procedimiento dialéctico que utiliza para las demostraciones de sus tesis, y, de otro, el verdadero origen de la cruzada promovida contra el eximio escritor, que fué, sobre todo una venganza de teólogos: de aquellos teólogos que no podían perdonarle el profundísimo desprecio que por ellos sentía, ni que hubiera hecho blanco de sus tiros a muchos corifeos reverenciados en las escuelas, llamáranse Scoto, Occam o Nicolás de Lyra, y que tampoco podían transigir con quien nunca quiso afiliarse a ninguna de las pandillas teológicas, ya que no concebían que nadie cultivase esta disciplina sin bautizarse previamente con alguno de los mote de scotista, occamista, albertista, tomista, realista, nominalista o con cualquiera otro de los muchos con que designaron los diversos campos en que se atrincheraban aquellos varones endiosados, de burdo criterio y de oquedad altiva, que dieron ocasión con sus irrisorias, pero aparatosas polémicas, con sus pedantescas intemperancias y con sus rencillas de comadres a que se escribiesen las *Epistolæ obscurorum virorum*, uno de los vejámenes más formidables que registra la historia de la sátira.

La última parte del estudio preliminar está dedicada a la bibliografía de las versiones castellanas de los *Coloquios* de Erasmo, siendo digno de advertirse que ninguna de las conocidas hasta ahora contiene la obra completa y que tampoco ninguna de ellas es posterior a 1532. ni de entonces acá ha sido reimpressa (que yo sepa) otra edición que la de este año, que lo fué por Menéndez y Peleayo en el volumen III de los *Orígenes de la Novela*.

De los veinte coloquios que inserto en mi versión,

sólo tres de ellos han sido traducidos anteriormente; con ellos he querido ofrecer una muestra de cada uno de los grupos a que se refiere la clasificación de que hablé más arriba: como ejemplo de los que he llamado ejercicios de latinidad, escogí los titulados *Preguntas y respuestas* y *El amo y el criado*; de los familiares, dos diálogos, uno de ellos incluido en las *Percontandi formulæ*, y otro en la *Domestica confabulatio*; de los de carácter escolar, los que denomino *Camino de la escuela*, *Lección de urbanidad*, *El recreo* y *El arte de aprender*; de los de costumbres y crítica social, *Las posadas*, *El soldado*, *El alquimista y el mendigo*, *Los nombres y las obras*, *Caronte*, *El caballero fingido*, *La asamblea de las mujeres* y *El terrible morbo*, y, finalmente, de los religiosos y filosófico morales, *Los peregrinos*, *La novicia sin vocación*, *Los franciscanos* y *El epicúreo*.

JULIO PUYOL.